3 plural

1 Críticas del orden existente

La señora y la criada en la economía globalizada

Brigitte Young

La mayoría de los estudios sobre reestructuración económica se concentran en la cultura global, la hipermovilidad del capital y el poder de las transnacionales. Pero si no consideramos los lugares de la producción material de información avanzada y de tecnología de las comunicaciones, pasamos por alto al capital que está todavía, al menos parcialmente, alojado en territorios nacionales.

Si nos fijamos en las prácticas que proporcionan la infraestructura para la producción y la reproducción del capital global, descubrimos una multiplicidad de culturas del trabajo que se relacionan con gente real en lugares reales. Esto incluye secretarias, repartidores de pizza, brigadas de limpieza, conductores de camión, paseadores de perros, trabajadores de servicios industriales, asistentas, cuidadoras de niños, y multitud de otros empleos de baja cualificación, en su mayoría trabajadores de "mono azul" que se han hecho invisibles en la narración del capital hipermóvil. Como Saskia Sassen nos recuerda a este respecto, la cultura empresarial del trabajo, con su énfasis en informaciones sobre servicios especializados, está sobrevalorada, mientras que otros tipos de culturas de trabajo están devaluadas. Y especialmente en el caso del trabajo de las mujeres y los inmigrantes **/1**.

La globalización también diferencia el trabajo de las mujeres de diferentes maneras. La flexibilización del mercado laboral ha producido una mayor igualación entre mujeres y hombres de la clase media-intelectual, mientras que ha creado una mayor desigualdad entre las mujeres. La mayor valoración se sitúa en la integración de mujeres profesionales dentro de

la economía formal, mientras que el trabajo reproductivo "pagado" de las mujeres en la economía informal (el cuidado de la casa) continúa siendo poco valorado: el trabajo "pagado" de la mujer fuera de casa no es igual al trabajo doméstico "pagado". La globalización y el proceso de individualización (es decir, de diferenciación social) son procesos complementarios que están reestructurando ambas esferas **/2**, la pública y la privada.

Estos cambios han producido dos categorías de mujeres respecto a las labores domésticas: las mujeres profesionales y las criadas. La creciente participación de las mujeres profesionales en el mercado laboral se acompaña del gran e invisible desarrollo del trabajo doméstico privado pagado. Un creciente número de mujeres inmigrantes encuentran trabajo no declarado en la industria de servicios orientada al hogar, en la limpieza y en el cuidado de los niños, permitiendo a más mujeres tener carreras profesionales. Se ha creado así un lazo invisible entre el incremento de la participación de las mujeres en el mercado laboral formal y el mercado informal de trabajo protagonizado por mujeres emigrantes e inmigrantes **/3**.

Es importante reconocer, no obstante, que este desarrollo está directamente ligado al carácter neoliberal de la globalización, tal y como se refleja en las políticas de los Estados. En la medida que la mayor pate de los *estados de bienestar* se muestran remisos en proveer, y están más bien desmontando, las estructuras de apoyo para las mujeres trabajadoras, las condiciones a partir de las cuales las mujeres se incorporan a las "estructuras masculinas del trabajo" son no solamente de género, sino también de clase y raza. Las mujeres profesionales tienen la ventaja de poder recurrir al trabajo de emigrantes más baratas y a menudo indocumentadas, para llevar adelante las tareas domésticas y la crianza de sus hijos. Sin disponer de servicios públicos de cuidado infantil y sin poder acceder a los servicios de las mujeres de países en desarrollo o en transición, las mujeres cualificadas no podrían triunfar en su carrera profesional, porque se las exige una gran movilidad y flexibilidad personal. Estas actividades, realizadas en Alemania por mujeres provenientes de la Europa del Este (en su mayoría sobrecualificadas), en EE UU por afroamericanas y emigrantes latinoamericanas o en Italia y Canadá por mujeres filipinas, llevan aparejadas, en todos los casos, una nueva división internacional del trabajo. De un lado está "la señora" y del otro "la criada", separadas ambas por diferencias raciales, étnicas, de clase y de origen y culturas nacionales **/4**.

Regímenes de género en la era de la globalización

En los nuevos y descentralizados procesos de "acumulación flexible" **/5** de la economía global, la organización del trabajo ha cambiado. Somos testigos de la polarización entre la "feminización del trabajo" con la creación de "zonas de salarios baratos" incluso

2/ Brigitte Young, "Genderregime und Staat in der globalen Netzwerkökonomie", *Prokla* nº 111, 1998, pp. 175-198.
3/ Wuokke Knocke, "Migrant and Ethnic Minority Women: The effects of Gender-neutral Legislacion in the European Community", *Social Politics*, 2(2), 1995, pp. 225-38.
4/ Marianne Friese, "Moderniesierungsfallen im historischen Prozess. Zur Entwicklung der Frauenarbeit im gewandelten Europa" *Berliner Journal für Soziologie*, 2, 1995; Birgit Mahnkopf, "Die Feminisierung der Beschäftigung", en *Europa und Anderswo*, Weibblick 718, 1997; y Jaqueline Andall, "Women Migrant Workers in Italy" *Women's Studies Int. Forum*, 15(1), 1992.
5/ David Harvey, *The Condition of Postmodernity*, Oxford, Blackwell 1989.

dentro de países altamente industrializados **/6**, y la emergencia de una nueva clase profesional de "obreros globales", que incluye mujeres con alto nivel educativo. En Europa, los nuevos empleos creados durante las dos últimas décadas han sido ocupados en mayor número por mujeres que por hombres, y no todos estos empleos han sido mal pagados o temporales como en los McDonald **/7**.

En EE UU, el 52% de todos los trabajos creados entre febrero de 1994 y febrero de 1996 estaban entre los tres deciles más altos de la clasificación según la retribución y sólo el 32% estaban en las categorías más bajas **/8**. En las "ciudades globales", mujeres jóvenes con alto nivel educativo han tenido éxito introduciéndose en los niveles medios y altos del mundo de las finanzas y los negocios **/9**. Sin embargo, como ha señalado Saskia Sassen, *"a pesar del número creciente de mujeres de alto nivel profesional en las actividades de la economía global y en las relaciones internacionales, ambos mundos pueden ser designados como pertenecientes al género masculino, ya que cada uno, aunque de distinta manera, posee las propiedades culturales y las dinámicas de poder que hemos venido asociando históricamente con los hombres y el poder"* **/10**. Como resultado de estos cambios en el mercado laboral, el orden de género asociado con el régimen industrial fordista está siendo radicalmente transformado **/11**.

El final del modelo de la familia fordista

La globalización ha erosionado las condiciones materiales del padre de familia tradicional que ganaba el pan y del que dependían su mujer y sus hijos. El incremento desde 1970 del número de familias en las que ambos cónyuges son asalariados es producto de este proceso. Un grupo de estas familias estaría formado por parejas de profesionales relativamente bien acomodadas que forman parte de la economía formal. Otro grupo mucho más amplio se encontraría en los niveles económicos medio y bajo, en los que los salarios adicionales de las mujeres son importantes para mantener o mejorar el nivel de vida familiar estándar. Otra categoría que ha ocupado el espacio dejado por el modelo de trabajador-cabeza de familia fordista es la familia monoparental (casi siempre mujeres solas con hijos), cuyo número ha aumentado dramáticamente.

Incluso en la Alemania del Oeste, atrasada respecto a sus vecinos europeos en cuanto al empleo femenino, el número de las mujeres trabajadoras aumentó del 40% en 1970 al 70% justo antes de la unificación alemana. A pesar de la inadecuada estructura alemana para el cuidado infantil, el 81% de las mujeres de familias monoparentales son parte activa de la fuerza de trabajo y el 61% de las mujeres casadas, de todas las edades, tienen un empleo (en el grupo de edad 18-40 la tasa se eleva al 70%) **/12**. Si extrapolamos a

6/ Mahnkopf, op. cit, pp. 22-31.
7/ Comisión de la Comunidad Europea. *Soziales Europa. Chancengleichheit für Männer und Frauen*, 3/91, pp. 24.
8/ Jennifer Hunt, Presentation at the Conference on the US-Labor Market, Berlín, 17 de junio de 1998.
9/ Linda McDowwell, *Capital Culture. Gender At Work in the City*, Oxford, Blackwell, 1997.
10/ Sassen, op. cit., pp. 10.
11/ Usamos el concepto de órdenes de género para referirnos a la suma de regímenes de género (prácticas institucionalizadas y formas de dominación del sistema de género) al nivel de la macro-política. Ver Robert W. Connell, *Gender and Power. Society, the Person and Sexual Politics*, Stanford University Press, 1987.
12/ Kaj Fölster, "Paid Domestic Work in Germany". Comunicación para la *Conferencia Labour Market and Social Policy –Gender Relations in Transition*. Bruselas 31 de mayo– 2 de junio de 1999.

partir de tendencias recientes, en el 2008 las mujeres en EE UU participarán con la misma tasa que los hombres en la fuerza de trabajo (el 84%) y en la Unión Europea alcanzarán esta paridad en el 2014 (un 67%) **/13**.

La integración de la mujer en el mercado de trabajo ha redefinido el papel de los géneros y ha producido cambios importantes en el sistema social de valores. La norma fordista de dependencia de las mujeres de un varón asalariado proveedor está siendo sustituida por una creciente individualización de las mujeres. Una mexicana que vive en EE UU lo expresa así: *"Antes, si trabajabas, todo el mundo sabía que lo hacías para ayudar a tu marido, pero era su obligación mantener a la familia. Ahora es también la nuestra y la gente espera de las mujeres que trabajen fuera de casa, les guste o no"* **/14**.

La reconfiguración de lo público/privado y de la producción/reproducción

La flexibilización del mercado de trabajo también ha minado la separación entre las esferas productiva y reproductiva de la economía, que era la base del régimen fordista de género **/15**. La separación conceptual entre público y privado no puede explicar el hecho de que el trabajo cotidiano de muchas mujeres tiene lugar en un "triple turno" **/16** a la vez en el sector formal e informal de la economía, así como en el seno de la familia. Tenga lugar en el Caribe, Asia o en las "ciudades globales", la característica común de este trabajo de las mujeres es una combinación de actividades en la producción formal transnacional, en el sector informal de trabajo y en la economía de subsistencia familiar. Las fronteras entre estos "tres turnos" son muy fluidas para las mujeres, pero bastante más rígidas para los hombres. Con frecuencia las mujeres trabajan hasta 16 horas en este "triple turno" para poder sobrevivir. Por el contrario, los hombres trabajan comparativamente menos en el hogar y trabajan o bien en el sector formal de la economía o como subcontratistas o trabajadores en la economía informal **/17**.

Las nuevas formas de trabajo también redefinen la identidad de género. Mientras que en el período fordista la mujer se identificaba con la familia y estaba subordinada al marido, en la economía global es "individualizada". Tanto si participa en la economía formal como una profesional bien pagada o está empleada en la economía informal de las zonas de exportación libres o en los talleres de las multinacionales en el Tercer Mundo o como criada, para todas ellas es cada vez más díficil combinar el trabajo

13/ Günther Schmid, "Enhancing Gender Equality by Transitional Labour Markets". Comunicación presentada en la anterior conferencia.

14/ M. Patricia Fernandez Kelly y Saskian Sassen, "Recasting Women in the Global Economy: Internationalization and Changing definition of Gender", en Christine E. Bose y Edna Acosta-Belén, *Women in the Latin American Development Process*. Filadelfia 1995.

15/ Briggite Young, "Globalization and Gender: An European Perspective" en Rita Mae Kelly (ed), *Gender, Globalization and Democratization*, Nueva York, Rowman and Littlefield, 2000.

16/ Karin Hossfeld, "Their Logic Against Them", en Kathryn Ward (ed), *Women Workers and Global Reestructuring*, Ithaca, Cornell Univ. Press, 1990.

17/ Kathryn Ward and Jean Larson Pyle, "Gender, Industrialization, Transnacional Corporations and Development" en Christine E. Bose y Edna Acosta-Belén, *Women in the Latin American Development Process*. Filadelfia 1995.

productivo y el reproductivo. El discurso neoliberal es mudo a la hora de explicar como se puede reconciliar la necesidad de un trabajo asalariado y la crianza de los hijos. Desde un punto de vista económico, las actividades reproductivas son "invisibles". En la era fordista, el trabajo reproductivo estaba, al menos, socialmente reconocido, a pesar de su reclusión a la esfera de lo privado. Con la flexibilización del mercado de trabajo, la crianza de los hijos se ha vuelto a convertir en una externalidad social y económica y la relación dialéctica entre actividades mercantiles y no mercantiles ha desaparecido por completo del discurso neoliberal sobre la economía global **/18**.

Crece la desigualdad entre las mujeres

La creciente integración de las mujeres en la fuerza de trabajo ha significado también una mayor disparidad entre mujeres de diferentes clases sociales, razas y nacionalidades. Aunque los nuevos miembros de la "jet-set" global son en su mayoría *"nuevos chicos"*, como les llama Wendy Larner **/19**, las mujeres profesionales ya no son una excepción en los escalones más elevados de las industrias del conocimiento y la información. En el otro extremo están los trabajos de baja cualificación que no sólo son una parte importante de la infraestructura de la economía formal, sino que son imprescindibles para que las mujeres profesionales participen en el mercado de trabajo. Las criadas domésticas son la clave que permite el éxito profesional de las mujeres profesionales. Las "nuevas señoras" y sus "criadas", no pueden vivir las unas sin las otras **/20**. Es importante señalar que esta nueva dependencia de las "señoras" y las "criadas" es un problema estructural de las sociedades capitalistas occidentales y no un "problema de la mujer". En tanto que la crianza de los hijos y el cuidado de la familia sigan siendo una tarea doméstica privada, en tanto que los varones no contribuyan de manera significativa al trabajo no pagado de la casa, las mujeres profesionales se verán forzadas a reinstitucionalizar el servicio doméstico del siglo pasado.

En su triple dependencia del *estado de bienestar* (como trabajadoras sociales, clientes y consumidoras), las mujeres se ven especialmente afectadas por la crisis de los servicios sociales. La reducción de éstos hace recaer el peso del cuidado de los ancianos y los enfermos, así como la ayuda a la educación de los hijos una vez más sobre las espaldas de las mujeres. Además, la privatización de éstos y otros servicios sociales destruye las condiciones mismas que hacen posible la integración de las mujeres en el mercado de trabajo. Los servicios de guardería públicos son el factor determinante en muchos casos, especialmente para las mujeres en los empleos menos cualificados, que las permite salir a trabajar o las obliga a quedarse en casa. Y los trabajos de asistencia social creados por el *estado de bienestar* keynesiano, en su mayoría ocupados por mujeres, también desaparecen **/21**.

La globalización supone un desafio frontal a la noción misma de lo público y lo privado. Y en el proceso se ha profundizado la división social específica de género. La reprivatización de lo doméstico, como señala Janine Brodie, ha elevado y revitalizado la

18/ Diane Elson, "Micro, Meso, Macro-gender and Economic Analysis in the Context of Policy Reform" en Isabella Bakker (ed) *Strategic Silence, Gender and Economic policy*, Londres, Zed Books 1994.

19/ Wendy Larner, "The New Boys: Restructuring in New Zeland", *Social Politics*, 3(1), 1996.

20/ Fölster, op.cit., p. 3.

21/ Elisabeth Hagen and Jane Jenson, "Paradoxes and Promises. Work and Politics in the post-war years" en Jane Jenson (ed), *Feminization of the Labor Force*, Oxford Univ. Press, 1988.

familia hetero-patriarcal **/22**. Se basa en la más que dudosa afirmación de que la familia es responsable de la reproducción social y que la familia todavía consiste en un varón proveedor y en sus dependientes. Aparte de las premisas conservadoras e ideológicas de esta afirmación, simplemente no tiene en cuenta la cambiante realidad familiar. El orden fordista de género ha dejado de existir. La realidad hoy es que las mujeres –incluso si quisieran– no pueden permitirse el lujo de quedarse en casa.

¿Quién hace el trabajo doméstico? El caso alemán

El discurso sobre este tema ha cambiado desde los comienzos del movimiento feminista en los años 70. La reivindicación inicial era que los hombres compartieran a partes iguales el peso del trabajo doméstico y el ciudado de los niños. Pero las esperanzas en esta cuestión se han convertido en frustraciones. Todos los estudios demuestran que a pesar de la creciente integración de la mujer en el mercado de trabajo, los hombres siguen sin hacer su parte de trabajo doméstico, especialmente en Alemania, donde los maridos y los padres son los menos dispuestos de toda Europa a realizar estas tareas. Junto con los hombres de Luxemburgo e Irlanda, la mayoría de los alemanes siguen creyendo que las tareas domésticas son de la exclusiva responsabilidad de sus mujeres **/23**.

Gosta Esping-Andersen llega a la misma conclusión sobre la contribución de los hombres al trabajo no pagado en el hogar, señalando que el número de horas de trabajo no pagado de los hombres ha variado muy poco a nivel internacional, situándose por lo común en una franja de 10-15 horas a la semana. Por el contrario, el número de horas de trabajo no pagado de las mujeres varía mucho, desde un 25% de su trabajo total en Dinamarca a un 45% en España **/24**. El reparto equitativo de las tareas domésticas parece que ha fracasado. Y estamos siendo testigos en todos los países industrializados de una nueva redistribución del trabajo doméstico y del cuidado de la familia que no se basa ya en un cambio de actitud de los hombres. El problema del reparto de estas tareas se está resolviendo a través del trabajo doméstico de otras mujeres que sustituyen a las mujeres profesionales (y, por supuesto, a los hombres).

El que las mujeres dependan de otras mujeres para hacer el trabajo doméstico no es nuevo. Pero en Alemania y en otros países industrializados, las malísimas condiciones de trabajo de las criadas en la esfera doméstica y las nuevas oportunidades laborales para las mujeres en la industria y los servicios después de 1945, redujeron de manera drástica el número de empleadas domésticas **/25**. Lo que está ocurriendo ahora es una nueva versión de este pasado. Las "nuevas" criadas son con frecuencia extranjeras de diversas procedencias. Muchas son trabajadoras emigrantes ilegales con un estatus jurídico inseguro. Otra diferencia importante con el pasado es que, mientras que en el siglo XIX las empleadas domésticas venían siempre de las clases más bajas, ahora incluyen profesionales sin empleo –especialmente enseñantes– de Europa del Este.

Conseguir estadísticas fiables del número de personas en el servicio doméstico y del tipo de hogares que las contratan no es fácil en ningún país. Muchas "criadas" tienen miedo de ser deportadas si su trabajo se hace público, perdiendo así su fuente de subsistencia. Los "empleadores" son igualmente reticentes porque temen perder los "beneficios" que obtienen de este mercado negro. Alemania no es una excepción a este respecto. El número oficial de empleadas de hogar privadas aseguradas era de 35.000 en 1994 **/26**. Además, otras 732.000 personas trabajaban a tiempo parcial en casas privadas en 1992. La mayoría de ellas mujeres: 677.000 (el 92,5%) frente a 55.000 hombres **/27**. En contraste con estas cifras oficiales, se estima de manera no oficial que el número de mujeres que trabajan en los hogares alemanes es mucho mayor: se cree que el 9% del total de los hogares emplea regularmente servicio doméstico, lo que supone unos 2,65 millones de hogares en 1994. Y ello no incluye al 1,4 millones de hogares (4,6%) que contratan de manera irregular ayuda para las tareas domésticas.

¿Qué hogares emplean servicio doméstico? Según Munz, el 17% de las familias con ingresos mensuales superiores a los 5.000 DM **/28** lo hacen de manera regular. Sólo el 8% de todos los hogares no contrata nunca servicios domésticos.

Si se comparan los datos oficiales de trabajadores domésticos asegurados y las estimaciones sobre el número real de criadas trabajando en los hogares alemanes, podemos asumir que la discrepancia es el resultado de un floreciente mercado negro. En el pasado, el sistema fiscal alemán subsidiaba de hecho el mercado negro de las alemanas casadas que querían trabajar como asistentas a tiempo parcial para redondear los ingresos familiares. Como las esposas están inscritas en la seguridad social a través de las cartillas de sus maridos, no tienen incentivos para tramitar una cobertura individual. Lo que quieren es ganar el máximo salario neto, sin poner en peligro las ventajas fiscales que recibe el marido por una esposa que participa en el mercado laboral (*"ehegattensplitting"*) **/29**.

Pero la actual demanda de ayuda doméstica privada no puede ser satisfecha por las esposas alemanas que quieren redondear sus ingresos. La oferta y la demanda han contribuido a cambiar el mercado de servicios domésticos. Los cambios en la demanda incluyen la creciente integración de las mujeres en el mercado laboral; la flexibilización de las horas de trabajo de las mujeres casadas; el aumento de hogares monoparentales; la carencia de infraestructura social que permita a las mujeres combinar trabajo y vida familiar; el aumento del número de personas mayores con ingresos relativamente altos que viven solas; y la negativa de los varones a hacer su parte del trabajo doméstico. Los cambios en la oferta son: la alta tasa de paro entre las mujeres; el aumento de la "nueva pobreza", especialmente entre las mujeres; la existencia de trabajo barato emigrante de Yugoslavia, Turquía y la Europa del Este, así como de refugiados de todo el mundo.

22/ Janine Brodie, "Shifting the Boundaries: Gender and the Politics of Restructuring" en Bakker (ed), *Strategic Silence, Gender and Economic policy*, Londres, Zed Books 1994.

23/ Ministerio federal de Trabajo y Regulación Social de la RFA, *Arbeitsplatz Privathaushalt-Dienstleistungszentren*, Bonn, 1998.

24/ Gosta Esping-Andersen, "Summary of the Speech by Prof. Esping-Andersen", Conference Report, Universidad de Amsterdam, 5 de junio de 1998.

25/ Simone Odierna and Karin Baumann, "Die Rückkerhr der Dienstmädchen durch die Hintertür" en *Auftrag des Sonderforschungsbereich 333 Entwicklunsperspektiven von Arbeit*, Universidad de Munich 1992.

26/ Sonja Munz, "Beschäftingungspotentiale im Bereich privater Haushalte" *IFO-Schnelldienst*, 17-18, 1996.

27/ Claudia Weinkopf, "Bechäftingungsförderung im Bereich haushaltsbezogener Dienstleistungen" en Ute Behning, *Das Private ist ökonomisch*, Berlín, Ed. Sigma 1997.

28/ Unos 2.500 dólares USA, aunque dada la infravaloración del euro, equivale más bien a unos 5.000 $.

29/ Notburga Ott, "Eigenproduktion versus Dienstleistung im Haushalt. Zum ökonomischen Wert der Hausarbeit" en *Hausarbeit als Erwerbsarbeit*, Berlín, Zukunft im Zentrum, 1997.

En Alemania, y en otros países industrializados, nos enfrentamos a una "curva de tijeras": por un lado, un aumento del número de hogares con más ingresos pero poco tiempo y, por otro lado, un aumento del número de hogares con pocos ingresos y más tiempo. Estos dos factores, combinados con una reducción de las infraestructuras sociales de apoyo a la asistencia familiar, han producido dos mercados de trabajo distintos, pero complementarios, para las mujeres. *"La actual estructura ocupacional de clase produce dos grupos de mujeres en relación con el trabajo doméstico y el cuidado de los niños: las que no tienen tiempo para hacerlo y aquellas que no tienen más remedio que ocuparse de ello"* **/30**.

La solución: la subcontratación de la producción doméstica

Gosta Esping-Andersen parte del nivel de participación masculina en el trabajo doméstico y le ha dado un giro positivo con la sugerencia provocadora de que las mujeres deben de dejar de rogar a sus compañeros que las ayuden y mercantilizar la producción doméstica. Su consejo, tanto para ellos como para ellas, es dejar de producir estos servicios domésticos y contratarlos en el mercado **/31**. Ello crearía trabajo, reduciría la pobreza y ayudaría a resolver la crisis del *estado de bienestar*. En vez de crear un *estado del bienestar* favorable a las mujeres, se trataría de luchar por un *estado del bienestar* colectivo.

Como el aumento de la demanda privada de servicio doméstico es el resultado del aumento de los ingresos, un coste favorable y falta de tiempo, Esping-Andersen concluye que el problema debe residir en el alto precio en el mercado para bienes y servicios que puedan sustituir los servicios producidos en el hogar (es decir, el cuidado privado de los niños, el trabajo doméstico). Los altos precios en el mercado llevan a una demanda reducida, ya que estos servicios pueden ser producidos a un coste más bajo en los hogares. Pero Esping-Andersen no se pregunta por los aspectos de clase, género o raza de los servicios externos que podrían hacer posible que su coste fuese "favorable".

Si los servicios domésticos se obtienen en el mercado, hay que aceptar diferencias importantes salariales, es decir, salarios bajos para los trabajadores que los proporcionen. De otra manera, este desarrollo se vería obstaculizado por el "coste negativo" de Baumol. Baumol ha demostrado que la asunción de la falta de elasticidad de los precios de la demanda de los servicios no se justifica en aquellos casos en los que el consumidor puede optar por sustituirlos **/32**. Siempre ha habido una competencia entre los servicios domésticos más simples y el "autoservicio" en los hogares. La productividad del trabajo doméstico ha aumentado gracias a los electromésticos y otras herramientas domésticas. Si como resultado del desarrollo industrial, el precio relativo de los bienes industriales decrece mientras que el precio del trabajo doméstico aumenta, puede esperarse que la "autoproducción" crezca a expensas de la demanda de servicios en el mercado. Esta conclusión es la que lleva a Fritz Scharpf a pensar que no vamos a una economía de servicios, sino que estamos siendo testigos del nacimiento de una "sociedad de autoayuda" **/33**.

Si queremos evitar el "coste negativo", hay tres soluciones:

- Que el Estado provea y subvencione personal y servicios domésticos. Así ocurre en Suecia, Dinamarca y Noruega, países con fuerte presión fiscal y por consiguiente con un mercado privado pequeño de trabajo y servicios domésticos. Al mismo tiempo, las diferencias salariales son relativamente pequeñas.
- Que se acepten diferencias salariales grandes y que se provea trabajo y servicios domésticos a través del mercado. En EE UU la proporción de servicios domésticos privados es la más alta de cualquier país industrial y las diferencias salariales son grandes.
- Un tercer grupo de países (Alemania, Holanda, Bélgica, Francia) no tienen grandes sectores de servicios domésticos públicos o privados. No es sorprendente que sean las economías con las tasas más bajas de participación de la población activa en el sector servicios.

Tenemos así tres modelos: servicios domésticos subvencionados por el Estado; servicio domésticos privatizados y obtenibles a un "precio favorable"; y trabajo doméstico realizado en su gran parte por los propios miembros de la familia (es decir, por las mujeres).

Estos tres modelos tienen en común que no toman en cuenta las cuestiones de clase, género o raza. Esping-Andersen parte de que las familias con dos sueldos tienen ingresos elevados y no disponen de tiempo. La solución para ellos es contratar los servicios domésticos. Pero en este esquema, la oferta está totalmente ausente. ¿Quiénes son los trabajadores que están obligados a vender su fuerza de trabajo a un "precio favorable" y qué se considera "favorable"? En primer lugar, sabemos que esos trabajadores son fundamentalmente mujeres y no hombres. Segundo, que son en su mayoría mujeres de la clase trabajadora y que sus ingresos suelen ser cruciales para la supervivencia de sus familias. Tercero, muchas de estas trabajadoras son inmigrantes que carecen de derechos de ciudadanía básicos. Al defender precios bajos de mercado para el servicio doméstico, Esping-Andersen sugiere, para aumentar la demanda de estos servicios, que creemos en el seno de los hogares una nueva subclase de mujeres extranjeras que carezcan de derechos políticos y legales.

Cuando se estudian los datos del trabajo de las mujeres inmigrantes en Italia, Canadá, EE UU, Reino Unido o Alemania, todos demuestran que la mayoría trabajan en el servicio doméstico. Para Alemania no hay datos del número de no-alemanas en el sector. Sin embargo, varios investigadores, a partir de entrevistas con funcionarios, sindicalistas, ONGs y asociaciones de inmigrantes, llegan a la conclusión que la mayor parte del trabajo doméstico pagado lo hacen extranjeros. Se trata de inmigrantes, solicitantes de asilo, refugiados, estudiantes de idiomas, mujeres con visados turísticos y "extranjeros" de segunda generación **/34**. Rerrich sugiere que hay un mayor número de extranjeras

30/ Maria S. Rerrich, "Neustrukturierung der Alltagsarbeit zwischen Lohn und Liebe", Presentación en Bremen, 5 de febrero de 1999.

31/ Esping-Andersen, op.cit.

32/ William J. Baumol y Wallace E. Oates, "The Cost disease of the Personal Service and the Quality of Life", *Skandinaviska Enskilda Banken Quartlerly Review* 2, 1972.

33/ Frizt W. Scharpf, "Strukturen der post-industriellen Gesellschaft oder: Verschwinder die Massenarbeitslosigkeit in der Dienstleinstungs und informations ökonomie?", *Social Welt* 37, 1986.

34/ Maria S. Rerrich, "Auf dem Weg zu einer neuen internationalen Arbeitsteilung der Frauen in Europa?" en Berhard Schäfers (ed.), *Lebensverhältnisse und soziale Konflikte im neuen Europa*, Campus verlag 1993.

limpiando casas que cuidando niños. Lo que tiene que ver con la enorme presión sobre las mujeres para que encuentren trabajo en la economía informal. Normalmente no tienen permiso de trabajo ni hablan el idioma con la suficiente fluidez como para buscar trabajo en el sector formal. Sin seguridad legal y forzadas a trabajar, las inmigrantes se ven obligadas a aceptar los peores trabajos y los más devaluados socialmente en el servicio doméstico.

Las inmigrantes con papeles sufren, por el contrario, una mayor tasa de paro que las mujeres y los hombres de nacionalidad alemana. Y están así disponibles para este tipo de trabajos. La población inmigrante en Alemania es del 11%. La mayor parte viene de Turquía. El aumento de mujeres emigrantes que buscan un trabajo por horas en la economía informal y el mercado negro es un reflejo directo de la tasa de paro y las dificultades de encontrar un trabajo regular. Como Kaj Folster subraya, no hay una tasa de la relación de trabajadores nativos e inmigrantes en el servicio doméstico porque estos últimos simplemente no figuran en las estadísticas de trabajo **/35**.

Los refugiados o expatriados de Europa del Este que son de origen alemán no se incluyen en las estadísticas de emigración porque figuran como ciudadanos alemanes en cuanto llegan al país. Pero sus problemas en el mercado de trabajo no son muy diferentes. Normalmente carecen de formación suficiente y no hablan correctamente alemán. También está habiendo una oleada de mujeres polacas para trabajar en el servicio doméstico en Alemania. Suelen entrar con un visado turístico de tres meses y vuelven a casa para renovarlo, mientras que un familiar las sustituye en el trabajo, en un ciclo lo suficientemente flexible como para satisfacer al empleador. El visado de turismo no les permite trabajar, pero los controles no son frecuentes y nadie pregunta por sus ingresos. Las polacas tienen una ventaja sobre otras emigrantes y es su similitud cultural. En los anuncio de los periódicos es frecuente leer: *"Mujer de 40 años, hablando alemán, francés, ruso y polaco, se ofrece para el cuidado del hogar y de los niños. Preferible interna"* **/36**.

Las refugiadas, inmigrantes o expatriadas de origen alemán que trabajan en el servicio doméstico en Alemania refuerzan la posición de la mujer como trabajadoras invisibles con problemas periféricos. Aunque tienen que enfrentarse al acoso sexual, largas horas de trabajo, medidas arbitrarias de sus empleadores, inseguridad, pérdidas de empleo y del derecho a permanecer en el país, todos estos problemas son invisibles y no provocan una respuesta por parte del Estado. Aunque las emigrantes buscan trabajar en el servicio doméstico como una estrategia a corto plazo, se suele convertir por lo general en un empleo a largo plazo. Y ello tiene dos consecuencias. Primero, estos trabajos no ofrecen ninguna perspectiva de promoción que permita salir del sector. Segundo, la mayoría de estas mujeres no pueden traer a sus hijos al país donde trabajan. Así que además de preguntarnos: ¿quién hace el trabajo doméstico?, tenemos que responder a la pregunta: ¿quién cuida de los hijos de las trabajadoras domésticas?

Conclusión

La globalización ha aumentado la flexibilidad y la individualización en el mercado de trabajo. Estos procesos globales perpetúan viejos esquemas de segregación y crean nuevas formas de marginación. La literatura sobre la globalización se ha centrado en su mayoría en la revolución de las tecnologías de la información con sus nuevos métodos

35/ Fölster, op.cit. , p. 11.
36/ Friese, op.cit., p. 158.

de producción, gestión, comunicación y vida. Menos atención se ha prestado a la formación de nuevos esquemas sociales que han surgido en el hogar. A medida que aumenta la tendencia de mujeres profesionales, somos testigos, en ausencia de servicios domésticos y de cuidado familiar públicos o municipales, de la necesidad de trabajadoras domésticas, de criadas. La tan esperada distribución del trabajo doméstico entre hombres y mujeres no se ha materializado. Por el contrario, presenciamos una nueva división internacional del trabajo entre mujeres de diferente clase, raza, nacionalidad y edad. La nueva clase de criadas son con frecuencia mujeres emigrantes sin un estatus legal independiente que no figura a veces ni en las estadísticas de empleo. En países donde carecen de derechos de residencia viven continuamente bajo la amenaza de la deportación y otros abusos.

Ello apunta a nuevas relaciones de poder en el hogar entre mujeres. Estamos siendo testigos del surgimiento de una clase privilegiada de mujeres profesionales y el crecimiento de una subclase de mujeres extranjeras. Cada vez más, la carrera de las mujeres profesionales se cruza con la posición de las mujeres inmigrantes. Las unas dependen de las otras. Como señala Marianne Friese, ambas partes se enfrentan a riesgos que no son parte del contrato tradicional sexual de matrimonio. Mientras que un marido puede "comprar" por vida su liberación del trabajo doméstico gracias al matrimonio, una mujer con un trabajo profesional sólo puede obtener una liberación parcial gracias al trabajo de su "criada" **/37**. Más importante aún, *"el trabajo que unió a mujeres de diferente estrato social en tanto que mujeres está ahora introduciendo en el hogar de clase media unas relaciones de raza que antes no existían"* **/38**. Los intereses de la mayoría y de las minorías de las mujeres se entrecruzan en esta lucha, a pesar de las diferencias de clase de sus orígenes **/39**. La creciente igualdad entre hombres y mujeres de la clase media de la misma clase y origen étnico se ve acompañada ahora de una nueva desigualdad entre mujeres de origen étnico y de clase diferente.

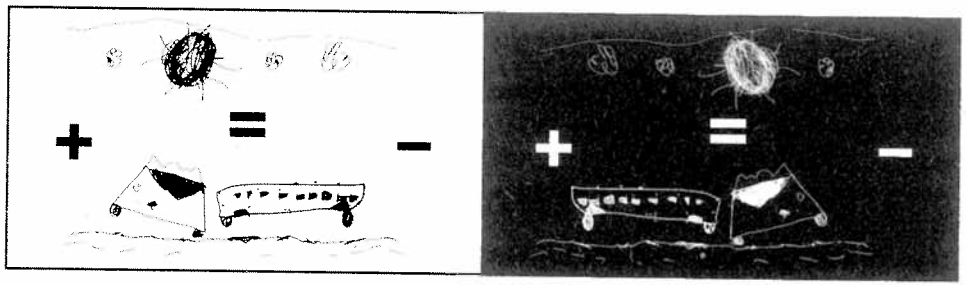
Para evitar la creación de una nueva subclase de mujeres extranjeras, hay que luchar juntos a varios niveles. Primero, es esencial "repolitizar lo privado". La naturaleza privada del hogar esconde dinámicas de clase y raza que son intrínsecas a la nueva economía del servicio doméstico. Al mismo tiempo, el empleo de otras mujeres para hacer el trabajo doméstico en las casas de las profesionales reproduce aspectos de la opresión de la mujer relacionadas con la división del trabajo en el hogar. En tanto que las políticas de Estado en los países industriales más avanzados sigan basándose en la caduca doctrina del "varón proveedor-jefe de familia", seguirá habiendo deficiencias y carencias en los sistemas de apoyo social del *estado del bienestar*. El desmantelamiento y la crítica de esta doctrina de "machismo fordista" es el primer paso en la creación de un discurso sobre el reparto de tareas domésticas y el acceso al trabajo de hombres y mujeres, sin que la condición sea la explotación de mujeres de otra clase y raza. Los estudios feministas tienen que descubrir y poner de relieve las nuevas desigualdades que surgen como consecuencia del discurso neoliberal sobre la reprivatización. Bakan y Stasiulis concluyen que *"sólo mostrando cómo prácticas sistemáticas convierten en cómplices a unas cuantas mujeres privilegiadas en la reproducción de las desigualdades*

37/ Friese, op.cit., p. 158.
38/ Mary Romero, *Maid in the USA*, Nueva York, Routledge, 1993, p. 69.
39/ Knoke, op.cit., p. 236.

raciales, étnicas y de clase de otras mujeres será posible comprender, explicar y desafiar las fronteras estructurales reales de esta opresión" **/40**. Finalmente, necesitamos prestar más atención a la "feminización de la emigración" que hace que muchas mujeres acaben como criadas sin papeles en los países de "acogida". El nuevo discurso sobre la ciudadanía tiene que subrayar que la ciudadanía refleja el estado asimétrico de las relaciones en la economía global. Pero también necesitamos tener en cuenta que la ciudadanía se mezcla con diferencias de género, clase y raza.

Traducción: Lola Rivera

40/ Abigail B. Balkan and Daiva K. Stasiulis, "Making de Match: Domestic Placement Agencies and the Racialization of Women's Household Work", *Signs*, Invierno 1995, pp. 303-335.



2 Críticas del orden existente

Refundar y superar el mercado de trabajo

Thomas Coutrot y Michel Husson

[Los textos de Coutrot y Husson, y de Daniel Raventós que publicamos a continuación plantean enfoques y opiniones muy diferentes sobre los temas del "derecho al trabajo" y la "renta básica". Aunque puede parecer que los textos polemizan entre sí, están escritos sin tener conocimiento uno del otro. Los hemos unido aquí porque creemos que pueden favorecer un debate sobre temas de gran interés y complejidad. El orden de publicación es el de la recepción de los originales.]

"En el alba del tercer milenio", la idea de una gran transformación del trabajo asalariado es ampliamente mayoritaria: nos encontramos efectivamente en una encrucijada. Pero atención: detrás de palabras semejantes se disimulan proyectos socialmente contradictorios. Bajo los discursos aparentemente convergentes sobre el nuevo modelo de trabajo, sobre la nueva economía (¡todo es decididamente nuevo!), se puede encontrar lo mejor o lo peor según las dinámicas sociales subyacentes. Reina la ambivalencia: para evitar sus trampas, en primer lugar hay que rechazar todos los determinismos invocados por el pensamiento único, en la gran tradición del *Tina* (*There is no alternative*, No hay alternativa) de Margaret Thatcher.

Es curioso ver como los liberales retoman del marxismo lo que tiene de peor, a saber, una visión determinista y fetichizada del progreso.

Así las nuevas tecnologías llevarían ineluctablemente al aumento de las desigualdades y de la exclusión, en la medida en que sólo los "mejores" sabrían adaptarse a las convulsiones que traen; la mundialización implicaría fatalmente el desmantelamiento de las protecciones sociales solidarias y la puesta en pie de débiles redes de seguridad reservadas a los excluidos.

Sin embargo las nuevas tecnologías, como la mundialización, son oportunidades históricas portadoras de un considerable potencial de liberación social, que pasa por una disminución radical del tiempo de trabajo y una ampliación sin precedentes de los horizontes de cada ser humano. No hay ninguna fatalidad en que conduzcan al subempleo, a la regresión social o al sufrimiento en el trabajo. Es el marco capitalista en el que se inscriben las innovaciones el que ahoga sus potencialidades e incluso las transforma en verdaderos azotes sociales.

¿Asignación universal o pleno empleo?

El "final del trabajo", a menudo anunciado, haría del pleno empleo una especie de anacronismo, debido a una irremediable pérdida de sustancia del valor-trabajo. No se trata sólo de un juego de palabras: el retroceso del trabajo como valor social derivaría de una disolución de la ley del valor-trabajo. En adelante, sería preciso tan poco trabajo para producir una mercancía, que la teoría según la cual es este gasto de trabajo el que regula su precio –su valor– perdería toda validez.

Nos parece que es exactamente lo contrario lo que está ocurriendo: la razón por la que el capitalismo se ha puesto a funcionar de forma regresiva es justamente su incapacidad para utilizar otro cálculo económico que el fundado en el gasto de trabajo. Se nos responderá que las mercancías son cada vez más inmateriales, lo que sería incompatible con el valor-trabajo.

Pero éste no está reservado a la producción de bienes físicos por trabajadores manuales. La mercancía es un producto (un bien o un servicio) del trabajo asalariado, que es vendida con el objetivo de valorizar un capital. Desde este punto de vista, ¿en qué modifica el desarrollo de los servicios y de la información la naturaleza de la mercancía? Por mucho que las empresas punteras de la *e-economía* puedan vender mercancías virtuales (no todas, por otra parte), eso no les dispensa de exigencias de rentabilidad, como muestran las primeras y fuertes decepciones registradas en este sector. Por supuesto, hay problemas de "delimitación individual" de la mercancía, en el caso por ejemplo de programas reproducibles a costes muy bajos, pero es una cuestión que concierne sobre todo al reparto del beneficio entre diferentes capitales, sin presentar dificultad teórica mayor.

Otro argumento consiste en decir que los salarios representan una fracción cada vez más reducida de los costes. Es innegable que la parte de los salarios en el valor añadido está bajando. Pero ello no implica que vaya a ser poco a poco reducida a una cantidad